



Ellis Island (La puerta de entrada a Estados Unidos)

1917, un judío en Nueva York.

Ellis Island, bajo la sombra de la Estatua de la Libertad, fue para mí la puerta de entrada a Estados Unidos. Contaba con una instalación principal donde se realizaban todo tipo de trámites y controles a los inmigrantes, un hospital para cuidar a la gente que llegaba enferma con zonas destinadas a las dolencias contagiosas y, cómo no, un puerto. Después de una travesía en condiciones inhumanas, a diferencia del resto de pasajeros de primera y segunda clase, al llegar a Nueva York los de tercera fuimos transportados a Ellis para ser sometidos a revisiones sanitarias. Nos obligaron a desembarcar y atravesamos un calvario, todo un proceso de inspección. Así eran las cosas.



La isla de Ellis también era conocida como la isla de las lágrimas, porque a muchos de los que habían cruzado el océano no se les permitía la entrada al país a pesar de que lo veían y casi tocaban con las manos.

Tras no pocas penalidades, fue un milagro, me afincué en Manhattan, situada en la desembocadura del río Hudson en el norte del puerto de Nueva York. Allí, era uno de los distritos metropolitanos que formaban la ciudad, los italianos se asentaban en los barrios de East Harlem y Little Italy, los irlandeses en Hell's Kitchen, los alemanes en Yorkville, los chinos en Chinatown, y los judíos, a ellos les tocó el este del Lower Manhattan, el Lower East Side¹. La peor fama la tenía la judería del Lower East Side, que era el barrio con mayor densidad de población, también uno de los más castigados por la delincuencia y las epidemias. En unas pocas manzanas se hacinaban miles de inmigrantes, sobre todo, de Europa del Este. Miseros junto a los muelles.

¿Qué decir de Nueva York? Me gustaba aquella ciudad, su arquitectura impregnada de modernidad, su locura. El Puente de Brooklyn ofrecía la portentosa ilusión de una tela de araña generada por el cruce de los cables que sostienen su calzada. La iglesia de San Pablo, entre rascacielos, parecía insignificante. Park Row, con más de trescientos pies de altura, se distinguía por sus dos cúpulas y unas cariátides que adornaban la entrada; me recordaban a las que en fotos había visto y que sostienen el Erectión de Atenas. Detrás, a la izquierda, se alcanzaba a ver parte de la American Tract Society y otros como el Woolworth.



El Lower East Side

Un mundo complejo, su ajetreo increíble! La metrópoli estaba tan segregada, que hasta las profesiones se dividían por nacionalidad: los irlandeses ejercían el monopolio entre policías, bomberos y transportistas; los italianos en los muelles y obras en construcción; los judíos dominaban el sector textil y las lavanderías. La política municipal también se decidía en gran medida por el voto étnico: cuando se presentaba un candidato irlandés contaba con el apoyo

¹ El puerto de Nueva York, fue el escenario de la llegada de millones de personas que acudían a América trayendo consigo sus costumbres, tradiciones e historias diferentes. Primero irlandeses y luego los alemanes escapando de la pobreza. A finales del XIX fueron los judíos y otros de la Europa Oriental quienes huían de la opresión política. Muchos se asentaban en el "Lower East Side" de la ciudad. Los suburbios eran el punto de encuentro de multitud de nacionalidades.

de toda la comunidad irlandesa; cuando lo era un italiano, contaba con el voto de los italianos.

En el barrio de Lower East Side me hice, casualmente, pues no era fácil moverse en este ambiente, con una plaza en un albergue para inmigrantes. Naturalmente era una casa de vecinos en Bayard Street, donde un grupo de doce hombres compartíamos una habitación de escasos metros. Por unos pocos centavos de dólar diarios, al menos tenía cobijo. El olor a humanidad lo impregnaba todo, y la fetidez más insultante acabó por resultarme natural. Nunca había sufrido semejantes condiciones de miseria. Desde el primer día tendría siempre presente la intención de salir de allí a cualquier precio.

El poco dinero que me quedó, después del viaje, tuve que doblar los billetes e introducirlos en una cápsula que de forma humillante me alojé en el ano. Varias veces y a punta de navaja, me atracaron e intentaron desvalijar. Averigüé que el proceso de ser engañado, robado, estafado y burlado, constituía una intrincada parte de la existencia en Norteamérica.

La cochambre en las calles de Lower East Side era deprimente, no parecía haber ley alguna. Miles de niños, sin hogar, pululaban a menudo abandonados por sus padres. Una muchedumbre, al amanecer, serpenteaba como podía a la búsqueda de sustento en un mundo al borde de la hambruna y la barbarie. La extrema riqueza y la indigencia parecían no estar distantes si levantabas la cabeza y oteabas el horizonte. Desde allí se adivinaba una civilización urbana más refinada y discreta, que solo los elegidos tal vez podrían por gozar.

En mi deambular, a veces sin sentido, quedé sorprendido por la abundante presencia de judíos ortodoxos de la rama jasídica en esta colmena letal. Todos sus negocios tenían los rótulos en hebreo, y en muchos casos también en yiddish; estos respetaban el Sabbat y vestían: ellos sombrero y abrigo negro, no se rasuraban la barba y se dejaban crecer mechones largos de pelo a ambos lados de la cabeza delante de las orejas, que solían arreglar, aún hoy en día lo hacen, como caireles. Ellas no podían mostrar el cabello y lo ocultaban con un pañuelo o peluca, la falda por los tobillos y tupidas medias. Los jasídicos, por cierto, son contrarios al sionismo, ya que creen que el pueblo judío solo debe retornar a la Tierra Santa con la llegada del Mesías.

Mientras los chiquillos desarrapados de pies pequeños y encallecidos correteaban descalzos, los vendedores ofrecían en carros junto a las aceras todo tipo de mercaderías. Entretanto, las fulanas ocupaban las esquinas y se pavoneaban con ordinarietà a la búsqueda de clientes. En las tascas, abarrotadas de vagos y maleantes, era bastante común que algunos hicieran sus necesidades en las escupideras que colgaban del mostrador para no perder su sitio. Lower East Side era una original urdimbre donde rivalizaban y se enfrentaban, a veces violentamente, diferentes grupos étnicos; pero también se amalgamaban las razas: africanos, irlandeses, ingleses, judíos e italianos, que descendían en su mayoría de los antiguos habitantes del distrito de Five Points², arrasado treinta y cinco años antes en un esfuerzo por erradicar la delincuencia. Con la demolición de Five Points no se venció al lumpen, ya que las clases pobres simplemente se mudaron al vecino Lower East Side. El delito campaba por doquier: asesinos, pillos, bribones, ladrones, rufianes y proxenetas, eran moneda corriente. Auqellas calles eran un descenso a los infiernos. ¡América, América, América! Desde el primer instante percibí la sempiterna cantinela de que imperaba la ley del más fuerte.

J.J. Cale

² Barrio marginal antiguamente ubicado en la intersección de la calle Worth (originalmente calle Anthony), la calle Baxter (originalmente calle Orange) y un sector demolido de la calle Park, en Manhattan, Nueva York. El nombre Five Points deriva de las cinco esquinas que forman esta intersección. El vecindario se formó alrededor del año 1820 cerca del antiguo lago colector de la ciudad, el cual tuvo que ser drenado debido a un grave problema de contaminación.